

CASTELLANOS MORENO, Éricka, *El polifacético español, enfoques etimológicos, semánticos y psicosociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Escuela Nacional Preparatoria (Serie Humanidades Bachiller, 11), 2002, 146 págs.

La autora leyó el libro *El alma de las palabras. Diseño de semántica general*, del polígrafo colombiano Félix Restrepo, y quedó de acuerdo con otros especialistas de decenios anteriores. Restrepo había creado una pequeña obra maestra de síntesis acerca del denso tema de la semántica castellana vista a partir de las lenguas clásicas.

Lo que hacía falta era actualizar su ejemplificación con vocablos usuales en el México actual, y aligerar mucho las explicaciones, que para los lectores actuales resultan a veces un tanto indigestas.

Así que la autora se ha propuesto darnos aquí un libro breve y al mismo tiempo sustancioso con una sistemática condensación y con una nueva lluvia de aplicaciones. Su ejemplificación conserva los pasajes más memorables de Restrepo, y les añade series de ejemplos usuales hoy día entre nosotros.

La brevedad salta a la vista en el título mismo: *El polifacético español*. Y lo sustancioso se muestra desde el subtítulo: *Enfoques etimológicos, semánticos y psicosociales*.

Desde luego que la maestra Castellanos comenzó su libro realizando por su propia cuenta una documentada recapitulación de los antecedentes clásicos acerca de la etimología, tema que no habíamos encontrado completo en ningún otro autor.

---

PALABRAS CLAVE: enfoque, español, etimología, polifacético, semántica.

RECEPCIÓN: 19 de agosto de 2003.

ACEPTACIÓN: 30 de septiembre de 2003.

Como es natural, los preámbulos de la etimología comienzan en Grecia, y la maestra Éricka nos hace una sólida síntesis del *Cratilo* de Platón, quien —como anotó Ute Schmidt en su estudio y versión de ese diálogo— “inicia, en la tradición occidental, la investigación lingüística y filosófica del lenguaje”. Y nuestra joven autora cerró el capítulo con la célebre estrofa de *El Golem*, de Jorge Luis Borges:

Si (como el griego afirma en el *Cratilo*)  
 el nombre es arquetipo de la cosa,  
 en las letras de “rosa” está la rosa,  
 y el Nilo todo en la palabra “Nilo”.

En la sección referente a Roma, la autora nos habla de Aulo Gelio en sus *Noches áticas*, y sobre todo de Marco Terencio Varrón Reatino (diverso del Atacino); a dicho Varrón Reatino se le suele llamar Varrón a secas. En su tratado *De lingua latina*, del 44 a. C., además de amplios estudios gramaticales, despliega curiosos análisis acerca de etimologías. Se trata de ejemplos que Jean Bayet encuentra “alarmantes”, como relacionar *canis* (perro) con *canere* (cantar) y *vulpes* (zorra) con la frase *volat pedibus* (que vuela con los pies). Y así sigue Varrón señalando el origen de *jaculum* (lanza) en *jacere* (arrojar). Y *gladius* (espada), lo deduce de *clades* (la ruina), porque causa la ruina de los enemigos.

Lo curioso del caso es que Varrón no hace más que iniciar la ejemplificación de aquella etimología imaginativa tan difundida durante los diez siglos de la Edad Media. Es la que suele denominarse “etimología isidoriana” porque San Isidoro de Sevilla la perpetuó en sus *Etymologiarum sive originum libri XX*.

Por cierto que buena parte de las etimologías llamadas isidorianas no son creación de San Isidoro, pues él anota abundantes ejemplos de autoridades tales como San Agustín y San Gregorio Magno.

De modo que ni Varrón es alarmante, ni San Isidoro es “culpable” de etimologías tan pintorescas como la que anota que *disciplina* se llama así porque *discitur plena* (se aprende completa). O como el decir que *scire* (saber) viene de *discere* (aprender).

Porque a veces San Isidoro trae etimologías acertadas, como *actor ab agendo* (actor, de actuar), o como *adulter qui alterius torum polluit* (adúltero es quien mancha el lecho nupcial de otro). Y también es

exacto *alumnus ab alendo* (alumno, de alimentar). E Isidoro trae otras etimologías de fogosa fantasía, como *attonitus, dictus a tonitruum strepitu* (atónito, dicho del estrépito del trueno).

Hasta aquí hemos dado idea de la investigación inicial de esta obra de la maestra Castellanos.

### *El alma de las palabras*

La autora pasa luego a reelaborar el citado libro *El alma de las palabras* (1917) del jesuita colombiano Félix Restrepo (1887-1965), autor también de libros tan prestigiados como *La llave del griego* (1912) y *La cultura popular griega a través de la lengua castellana* (1933).

Veamos ahora algunos amenos ejemplos del clásico manual de semántica de Félix Restrepo.

El primer tema es el de las influencias psicológicas y sociales de la semántica. Leemos primero algunos ejemplos de confusión de sonidos en el habla popular. Viene aquí el caso del ama de llaves de don Quijote, quien dice a Sancho que don Alonso se va “a buscar por ese mundo lo que él llama ‘venturas’, que yo no puedo entender cómo les da ese nombre”. Es claro que la campesina está confundiendo “aventuras” (las cosas que vendrán), con “venturas” (los bienes otorgados por la buena ventura).

Añade nuestra autora que a veces el hablante, con cierto afán humorístico, modifica sólo alguna de las letras de una palabra. Así se escucha hablar del “Centro histérico” de México, y de los “calumnistas periodísticos”. Hubo quien habló de “la raza cómica” de Vasconcelos, o quien dice que le teme a los policías “de la perjudicial”. O que tiene cuidado con “los abogangsters”.

Luego, la etimología popular induce a los hablantes irreflexivos a decir “dentrífico” por dentífrico; a decir “trasquiversar” por tergiversar (porque combinan *versare*, voltear, con el español “tras”, en vez del latín *tergum*, espalda). Y alguien habla de “peripepsias” o de un “pepsicólogo”, introduciendo (sólo por la similitud fonética) la raíz griega *pépsis* (digestión), divulgada a partir de una marca de refresco.

Surgen luego confusiones debidas a semejanza de conceptos. La maestra Éricka actualiza el ejemplo de Restrepo en estos términos: “*Hostis* en su origen significó extraño. Formado a partir de *hostis*,

surge la palabra *hospes*, *hospitis*. Como un extraño podía ser amigo o enemigo, pronto se diferenciaron las dos voces, especificando su sentido. *Hospes* adquirió el sentido pacífico, significando huésped, y *hostis*, con el sentido belicoso, significó extranjero enemigo. Actualmente la palabra *huestes*, derivada de la voz latina *hostis*, designa a cualquier ejército, sea propio o ajeno, en cuanto que es enemigo de alguien.

“En los Siglos de Oro se usó el español *hoste* con las dos significaciones: huésped (pacífico), enemigo (belicoso)”. Y hay ambigüedad también en huésped, pues designa tanto al que hospeda como al hospedado, al igual que en el griego *xenós*. En México, actualmente huésped es el hospedado, y el hospedador se llama más bien anfitrión.

Y continúa la autora: “Las palabras *hospital* y *hospedal*, *hostal* y *hospedería* (muy usuales en España) provienen del ya mencionado *hospes*. Similares etimológica y fonéticamente, difieren aparentemente en lo semántico” (p. 54).

Luego, ella da interesantes ejemplos de la asociación de sensaciones y de sentimientos. Así, el adjetivo *claro* se aplica a “día claro”, “luna clara”, “agua clara”, y nos parece que ese es el sentido propio del epíteto relativo a percepciones visuales, pero no es así. Su uso propio es el de los sonidos (voz clara), pues forma parte de la familia del verbo latino *clangō* y de *clamor*, y del verbo griego *kaléo*, llamar.

Otra manera de crear nuevas palabras consiste en sustantivar adjetivos. Muchas veces un adjetivo se une a un nombre y forma con él una nueva palabra compuesta. Así el latín *primo vere* dio origen al español primavera. Así sucedió con *mapamundi*, *California*, *Finisterre*.

Viene luego el caso de los días de la semana, que en latín eran *dies Lunae*, *dies Martis*, *dies Mercurii*, *dies Jovis*, *dies Veneris*. Y aún éstos se unificaron con la terminación de *dies Martis*, y se usaron unos imaginarios *Lunis* y *Mercuriis*. Al suprimir luego el sustantivo *dies*, el español se quedó con las formas: *lunes*, *martes*, *miércoles*, *jueves* y *viernes*.

La autora anota luego que en Francia y en Italia las dos palabras se fundieron en una y, apocopadas, han dado los compuestos italianos: *lunedí*, *martedí*, *mercoldí*, *giovedí*, *venerdí*, y los compuestos franceses: *lundi*, *mardi*, *mercredi*, *jeudi*, *vendredi* y hasta *samedi*. El apócope *di* pasa en francés hasta al domingo, que no es *domanche*, sino *di-manche*.

Nuestra autora no podía pasar por alto una de las páginas más bellas de Restrepo, referente al paso del sentido etimológico al sentido práctico.

Allí estudia voces como sierra, referente al perfil abrupto de una montaña, el cual pasa luego a representar a la montaña misma, y a sus derivados como serrano y serranía. Allí se analiza el verbo pavonearse, que no puede entender bien quien no ha visto a un pavorreal hacer la rueda con toda su cola llena de ojos.

He aquí un hermoso párrafo de la maestra Castellanos: “Los soldados del Imperio romano llamaron *papiliones* a las tiendas de campaña (*Tentoria, quos etiam papiliones vocant*, anota San Agustín, *Locutiones de Genesi*, núm. 14), es decir, “mariposas”, porque un campamento, al extenderse, visto de lejos parece un campo cubierto de blancas mariposas. El nombre latino de este insecto se ha conservado en francés, *papillon*; pero en español fue sustituido por la originalísima denominación de mariposa. Por su parte, la palabra pabellón es voz de múltiples significados: 1. tienda de campaña de forma cónica; 2. bandera nacional; 3. edificio que depende de otro mayor o que forma parte de un conjunto; 4. parte exterior de la oreja (pabellón auricular).

Otro ejemplo de cambio de sentido, el cual encierra un curioso proceso de ida y vuelta. Escribe la maestra Éricka: “La palabra castellana escuela proviene del sustantivo griego *sjolé*, que es el tiempo libre que los antiguos tenían, dentro de su jornada laboral, para dedicarse a sus estudios. Para nuestros estudiantes, el tiempo libre es (exactamente al contrario) el que queda después de asistir “a la escuela”. Del mismo modo, para los latinos el *otium* era el descanso o reposo que, merecidamente, tenían después de sus labores sobre todo políticas, descanso que ocupaban para dedicarse a los estudios, al arte. En contraste, *negotium* era el trabajo, la ocupación, el “no ocio”. En español, ocio es la inactividad improductiva, contraria a la de los romanos, tanto es así que se dice que “la ociosidad es la madre de todos los vicios”. Negocio, en cambio, es una actividad de la que se espera un beneficio, parecido al original latino.

Esta bipolaridad se conservó en un lema latino referente al cigarro: *otium in negotio, et negotium in otio*. Lo he versificado en este epigrama:

Si alguien está descansado, / fumar es algo en que actuar.  
Mas si está muy ocupado, / halla un descanso en fumar.

*El equívoco etimológico*

La maestra Éricka anota muy acertadamente que diseccionar y secar, a golpe de vista, tienen relación etimológica. Pero no es lo mismo hablar de un animal diseccionado (cortado para su estudio) que de uno seco. Diseccionar viene del verbo latino (*di*)*secare*, que significa cortar, y no tiene que ver con *siccus* (seco), del verbo *siccare* (secar).

Pese a ello, en el vocabulario usual se llegan a confundir las raíces sic- y sec-. Así, una línea secante es la que corta una circunferencia; pero un papel secante sirve para secar. ¿A qué se debió el equívoco? Pues simplemente a que el adjetivo de la línea cortante, está en su forma culta, con la raíz latina pura *secare*; pero cuando se habla del papel, ya se usa el verbo secar en su forma romanceada. Si se usara una voz tan culta como “línea secante y no tangente”, entonces el papel secante sí se diría “carta sicante”.

A causa de todas estas etapas cambiantes de la evolución semántica, e incluso de la fonética, hay quien desconfía de la fuerza etimológica. Véase el caso del genial, pero no infalible, Borges.

La autora señala certeramente la actitud ambivalente del perspicaz argentino.

Primero, Borges elogia la etimología cuando dice: “Escasas disciplinas habrá de mayor interés que la etimología; ello se debe a las imprevisibles transformaciones del sentido primitivo de las palabras a través del tiempo”. Pero, de inmediato, la menosprecia: “Dadas tales transformaciones, que pueden lindar en lo paradójico, de nada o de muy poco nos servirá para la aclaración de un concepto el origen de la palabra. Saber que *cálculo*, en latín, quiere decir piedrita... no nos permite dominar los secretos del álgebra”. Y dice lo mismo de “clásico”, derivado de *classis*, flota, que luego tomaría el sentido de orden.

Pues sentimos señalar que Borges olvidó aquí que la voz ‘cálculo’ es una simple metáfora que alude al proceso primitivo de sumar y restar a base de agrupar o separar, primero, unas simples piedritas, y luego las bolitas del ábaco. Así que nadie llegará a dominar el álgebra si no sabe agrupar o separar las piedritas, o sea, los cálculos. L. q. q. d.: lo que se quería demostrar a Borges, genio que hizo bueno aquí el dicho de Horacio: *Quandoque bonus dormitat Homerus*. (De vez en cuando el buen Homero dormita).

Muy acertadamente, nuestra autora pasa al capítulo de la intervención de los sentimientos en el habla cotidiana. Así, los buenos modales hacen que busquemos eufemismos para denominar acciones tan “penosas” como desahogar necesidades fisiológicas. Se usan palabras como escusado (del latín, *absconsus*, escondido, más bien que excusado), o retrete (del latín *retractus*, retirado, privado), o “W. C.” o el femenino tocador, en vez de decir “voy al baño”.

Por lo demás, también esa expresión es eufemística. Y lo es “voy a lavarme las manos”. Se verá en apuros quien diga esta frase y vea que le señalan un cercano lavabo. Entonces necesitará aclarar: “pero también necesito hacer una escala técnica”.

Hay también un factor importante: el del relieve social cambiante. Así, por ejemplo, los abogados y los religiosos han ido introduciendo su vocabulario en la vida cotidiana.

Expresiones eclesíásticas se usan a veces en sentido serio, como en “portarse como Dios manda”, “hacer el noviciado de una carrera”, “cumplir religiosamente”. O bien se usan en sentido jocoso: los lecheros “bautizan la leche”; los que agitan una aglomeración “dicen misa de doce”; quien se abolla la cabeza (la cual se unge con “el sacro crisma” de la confirmación), “se rompe la crisma”. Y de quien tenía magulladuras moradas en la frente, se decía que tenía la frente llena de “cardenales”, porque de ese color visten los prelados.

Palabras jurídicas como ley, sociedad, familia, servidumbre, contrato, predominio, ya son de uso común. Y aún oímos a veces en las conversaciones la plusvalía, la amortización y la pignoración. Conversa alguien con unas muchachas que se paseaban alegremente: —¡Ah! Conque pignorando, ¿eh? —No. Nosotras somos decentes.

Así que ya se ve que el libro que nos presenta la maestra Éricka Castellanos cumple la promesa que encierra su título. Del brazo del gramático colombiano Félix Restrepo, nos demuestra en cerca de 150 páginas, que nuestro idioma español es polifacético, tanto en lo etimológico, como en lo semántico y en lo psicosocial.

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN